

## MENSAJE DE NAVIDAD

Llega la Navidad, y en muchas casas hay ajetreos de fiesta. Pero al mismo tiempo en muchos corazones hay hondas preocupaciones: “no podré estar con mi familia”; “siento mucha tristeza y miedo por la inseguridad que hay”; “no tengo ganas de festejar porque en mi familia hay muchas tensiones”; “la incertidumbre por la situación económica me angustia, no sé qué pasará con mi trabajo”; “me aterra lo que sucede en el mundo y en mi país, la pobreza de muchísimos, la falta de diálogo, la crisis financiera global, los focos de guerra, un futuro incierto...”

La primera Navidad no fue en mejores condiciones. Jesús es el Hijo de Dios que, haciéndose hombre, llega a nosotros en un espacio humano y espiritual, ligado a un territorio, Belén, “la ciudad de David”, pero también a la historia del pueblo hebreo signada por una promesa divina. “José pertenecía a la familia de David”, el rey a quien se le había anunciado un descendiente “cuyo reino durará eternamente”. Pero Jesús, el rey prometido, no nace en un palacio real.

Jesús nace en una gruta para animales, probablemente excavada en la roca. Nace en la marginación, privado hasta de una almohada. Nace en el campo de los pastores, un campamento de seminómades, pobres y excluidos incluso del culto oficial. Jesús nace cuando el emperador Augusto manda hacer un censo, lo que nos recuerda que viene al mundo en un pueblo oprimido por el poder imperial extranjero. Jesús nace en la noche, que es símbolo del “pueblo que caminaba en tinieblas”.

La escena que contemplamos en Belén es la del Niño rodeado de su familia terrena, formada de un matrimonio de esposos pobres y justos, María y José, y de un grupo de hombres simples, los pastores. Cristo y los primeros cristianos pertenecen, por tanto, a aquellos que no tienen insignias, honras humanas, poder y riquezas.

Pero en esta escena humanamente pobre y modesta, del Cielo desciende un himno de paz: “¡Gloria a Dios en las alturas, y en la tierra, paz a los hombres amados por Él!”

En el Niño de Belén de aquella fría noche, los cristianos reconocemos al Señor del cielo y de la tierra, al que será el Salvador de la Pascua.

En la gruta de Belén encontramos un mensaje de Vida para todos, no sólo para los que la pasan bien, sino sobre todo para los atribulados, los pobres, los sufrientes, con los que Jesús se identificó desde el Pesebre hasta el Calvario, un mensaje de salvación para los que nos sabemos pecadores.

No recibimos la paz de una celebración ruidosa que tapa por unas horas las hondas preocupaciones que nos invaden. No encontramos la paz sólo en una situación económica desahogada, en el bienestar y el desarrollo, o en un entorno social sin conflictos.

El don que los fieles recibimos en Navidad es la paz del Señor. “Paz en la tierra a los hombres amados por Él”.

La paz que Jesús trae es fuente de armonía entre nosotros, entre la humanidad y el cosmos, entre el hombre y Dios, la paz del pecado derrotado y de la Gracia que abunda en los corazones que se abren al don divino. Jesús es “el príncipe de la paz”. Para nosotros, cuando en Navidad recibimos a Jesús, vuelve a cumplirse el anuncio profético: “El pueblo que caminaba en las tinieblas ha visto una gran luz” (Is 9,1).

Dirá más adelante San Pablo: “en Cristo Jesús, ustedes, los que antes estaban lejos, han sido acercados por la sangre de Cristo. Porque Cristo es nuestra paz” (Ef 2,13-14).

La paz de Jesús descansa en lo más profundo del alma humana y se irradia en el compromiso por la construcción de una sociedad más justa y fraterna. Nos dice el Papa Benedicto XVI en su mensaje para la Jornada Mundial de la Paz, del próximo 1º de enero de 2009: “dirijo al comienzo de un año nuevo una calurosa invitación a cada discípulo de Cristo, así como a toda persona de buena voluntad, para que ensanche su corazón hacia las necesidades de los pobres, haciendo cuanto le sea concretamente posible para salir a su encuentro. En efecto, sigue siendo incontestablemente verdadero el axioma según el cual combatir la pobreza es construir la paz”

Paz es Vida, es amor, es salvación, es donación de sí. María y José son el modelo del pobre bendecido por Dios con el don de la paz.

¡Ven, Señor Jesús!

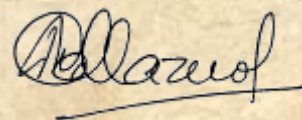
Jesús ha venido, Hijo de Dios hecho hombre, para traernos Salvación y Vida.

Jesús viene a darnos perdón y gracia, consuelo y fortaleza, para caminar en la esperanza.

Jesús vendrá a reunir a la humanidad redimida en su Reino, para ofrecerlo al Padre.

¡Deseo a toda la comunidad de la diócesis de Concordia una feliz y santa Navidad! ¡Deseo que todos reciban a Jesús, y en Él la abundancia de sus bendiciones!

*Concordia, Navidad 2008*



+ *Luis Armando Collazuol*  
*Obispo de Concordia*

**[Regresar a Página de Homilias – Carta – Mensajes](#)**